

SOPA DE LIBROS

Gonzalo Moure

Cama y cuento

Ilustraciones
de Lucía Serrano



ANAYA



*A Ballobar,
capital de los cuentos.*

LO QUE MÁS ME GUSTABA



era que me contaras un cuento en la cama. 9
¿Te acuerdas?

—Malva —decías—, ¿cama y cuento?

Oír esas palabras era lo mejor del día,
lo mejor de la vida.

Me acostaba.

—¡Malva! —gritabas desde el pasillo—, ¿los dientes?

Me levantaba y me los lavaba. Y me los habría pintado de azul si hubiera hecho falta. Me los lavaba, y tan deprisa como era capaz: me esperaba un cuento.

Tú, mamá, cogías el libro; tengo esa imagen grabada, el momento mágico en el que abrías el libro y carraspeabas un poco. Yo cerraba los ojos y abría los oí-

dos, en cuanto oía tu carraspeo. Empezabas a leer y me metía en el cuento poco a poco, como en el mar en verano a la hora de la siesta.

Es casi imposible que te pueda explicar ahora lo que sentía entonces. Casi. Nunca te lo pude decir, mamá, porque no sabía aún lo importante que era aquello para mí. Pero soy muy cabezota. Así que lo voy a intentar. Si quieres.

10

Lo que me contabas, al principio, no eran más que palabras. Pero tus palabras se iban desvaneciendo y en su lugar aparecían las imágenes. ¿Y los sonidos? Pocas veces había sonidos, pero imágenes, siempre. Y qué imágenes. De gente, de bosques. De águilas sabias, de aquel niño que hablaba con ellas, el hijo del leñador al que su padre le había regalado un guantelete de cuero para que se posara en él su amiga águila, de un lobo que contemplaba a niño y águila a lo lejos, desde un risco.

Lo que oía pasaba por algún sitio de mi cabeza y dejaba de ser la voz de mamá, tu



voz. No es solo que tuviera los ojos cerrados, sino más bien que entonces los tenía abiertos, pero hacia dentro. Y dentro yo tenía un mundo. Más real que el de fuera. Los colores eran más vivos, el misterio más misterioso, el peligro más peligroso, el miedo más intenso. Y el gozo, mucho, mucho más gozoso que todo lo que yo podía disfrutar en la vida real. El personaje favorito de tus cuentos, el hijo del leñador, ya no era un personaje: existía. Lo podía ver, estaba vivo.

Y me dormía en el cuento, con el roce del viento y de las hojas de los árboles en mi pelo. Y soñaba en el cuento. No con el cuento, no: en el cuento.

Porque cuando me despertaba por la mañana, tenía todo el sueño en la cabeza. ¡Nunca se me olvidaba un sueño! Me encantaba quedarme en la cama hasta que llegabas tú para despertarme, repitiéndome el cuento a mí misma. Sin palabras. Todas las imágenes. Todas las sensaciones y todas las emociones. Moviéndome las manos delante de mis ojos.

Manos transformadas en águilas y en lobos, en niños y en niñas. El mismo cuento que me habías contado, pero mucho más largo, mucho más fantástico, porque lo había soñado. O vivido, ya no lo sabía.

Me acuerdo de uno de aquellos cuentos tuyos mejor que de ningún otro. Sabía que los inventabas mirando los dibujos del libro, sin leer sus líneas, haciendo que casi siempre fuera el hijo del leñador del bosque el protagonista. Y eso me gustaba, ¿sabes? Me gustaba más que cuando un día lo leías por fin.

Aquella vez tu cuento trataba de la historia del niño que aprendía a cantar a dúo con un delfín, en una bahía. Y después de dormirme en medio del cuento, después de soñarlo, no me quedaba en ese simple «aprendía a cantar», no: en el sueño lograba escuchar las canciones, letra y música. Es el único sueño del que tengo el recuerdo claro de los sonidos: la voz del delfín hablándome, cantándome, la mía cantando también. Ya no era el





hijo del leñador el que jugaba con el delfín, era yo. Nadaba con el delfín, y cantábamos a dúo debajo del agua. Y el delfín me decía en su canción que también ellos, y todos los animales, sueñan. Y que sus sueños son más importantes que la vida real.

«Nos despertamos para comer —cantaba el delfín—, y nos dormimos para vivir. Son tan hermosos mis sueños que a veces, cuando estoy despierto, juego a que estoy soñando».

Lo entendía muy bien, porque lo mismo me pasaba a mí cuando tú me contabas un cuento: el día no era más que una larga espera para llegar al momento de meterme en la cama y verte aparecer por la puerta. Y al despertar, durante el día, jugaba a que aún estaba en mi sueño.

Sin embargo, todo lo bueno parece tener que acabar. Desde que aprendí a leer...